LA DAMA DE ELCHE

LA mañana estaba nubosa, húmeda. Los montes hasta llegar a Elche se alzaban con "una picuda y deslumbrante pena". Josefina, temprano, se había sentado en su cuarto de trabajo, frente a la máquina de coser, de lado al ventanal. Se veía la calle, espaciosa, y, entre chispas de agua, llegaba la luz del día, gris. Cuando llegamos a la puerta y entramos en el cuarto, Josefina, cosía en un paño amarillo, tenía los ojos enrojecidos, amables, y escuchaba atenta y distante, como señora. Su voz, cauta, se entregaba a veces en un quiebro dulce. Tenía el pelo negro devastado de blanco. Con hebras como de hueso, relampagueantes, de brasa que se apaga sin remisión, pero nostálgica; con calofríos blancos que recuerdan la llama. Se levantó. Frente a sus dos ojos había dos retratos de Miguel. En la máquina de coser, a la derecha, estaba la "Obra escogida" de Miguel Hernández. Bajo los retratos, en un cajón, había un montoncillo de manuscritos. Nos dimos cuenta de que todo su mundo eran unos metros cuadrados alrededor suyo. Aquí, en su cuarto, un rincón, y un rodal de tierra en Alicante. Se movió con paso seguro por el cuarto. Creo que iba de negro o de colores que venían del negro o iban hacia él. Repasó sin torpeza aquellas cuartillas que gritaban a lápiz, con tachaduras y prisa. Cogió el libro de Miguel y buscó algo con mano acostumbrada. Movió los labios. Labios herederos de un alto patrimonio bien diferenciado:

...vida, muerte, amor. Ahí quedan
escritos sobre tus labios.

Nombró en pasado a Miguel. Los poetas de Alicante nos dijeron que empleaba el presente y aun el futuro nombrándole: "No sé si le gustará..." Con nosotros no; pero él estaba presente en el cuarto con la mirada en el Tiempo, el caudaloso de tiempos de verbo y santificador de ellos.

Una de las fotos de la pared no se ha publicado nunca. La que muestra al poeta de perfil, al aire crespo de la sierra, con la mirada

encendida, fija. Pedimos publicarla nosotros, hasta que nos dimos cuenta de que era un reducto de intimidad que ella defendía amablemente con palabras plenas de derecho. Reciprocidad en amor a aquel otro retrato que llevaba él consigo, del que dijo:

Un cartón me conmueve.
Un cartón me acompaña.

Yo confieso que me sentí lego en palabras, en amor, en pureza. Me sentí mercader, aunque no sirvo para vender nada. Tuve miedo a provocar ira por la máquina de coser quieta y el tiempo robado al pan. De hablar con demasiadas palabras, de ser amable en exceso ante el recuerdo duro y caliente. Para hablar de un volcán hay que escoger los vocablos, el tono de voz, el ritmo y el momento. Aunque sea para nombrar ese apagado, incomparable Ifach, amado para siempre ya por todos.

Se está cumpliendo, con unos pocos testigos conscientes que ya dan testimonio, un destino de amor dulce y áspero como fruta crujiente que va granando en mito y lleva en sus aguas, como en los grandes encuentros del amor, peces acostumbrados y felices y otros dolorosos, negros, clavados y voraces.

Miguel y Josefina. Todo en el cuarto era un pretexto para que el tiempo pase y la sed no se note. La mujer que vi se esperaba a sí misma, pespunteando—minuteando—y repasando telas. Se soñaba semilla de un definitivo encuentro, polvo, barro enamorado en esta tierra de huerta. Tierra de sabores precoces, diferenciados, con cabras de luto. Con alficoz macho, anís, pimientos al rojo, higo montaraz, árbol chico—como un garabato minucioso en el paisaje—y palmera alta.

Al salir, en la puerta, nos cruzamos con el hijo de Josefina y Miguel. Un muchacho de estatura mediana, fuerte, moreno, que nos estrujó la mano y se quedó mirándonos.

Nos marchamos. El cielo, en el campo, tenía el ceño fruncido de la fecundación y la tierra estaba tensa y olfateante, obediente y hermosa mirando arriba.